

CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECIBO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

Administración. - Caños, 4, bajo.

Dirección. - Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj., 6 meses 20 rs.—América, 40.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## GOBIERNO

### DE EL CASCABEL.

Pues señor, está visto, en tanto que EL CASCABEL no entre a gobernar, la cosa no se arreglará, sino que estará más desarreglada cada vez. Ya han visto VV. que el Gobierno dice que no puede economizar 300 millones, que los inquilinos vamos a tener que pagar contribucion porque no vivimos al raso, en la Pradera de Guardias ó en el Campo del Moro; que a todas las clases que cobran haberes del Estado, a todas, menos algunas, se les va a descontar el 3 por 100 para el famoso fondo especial de las clases pasivas, y en fin, que nadie se entiende, que todo el mundo teme y desconfía y está con el alma en un hilo, y que en las Cortes se habla mucho con poco provecho, y que nadie tiene un cuarto, y que todo fiel español, excepto los mandones, está tan divertido como si le dolieran las muelas.

Y todo esto es porque no hay dinero, porque nadie tiene dinero, que si el Gobierno y todos tuviéramos trigo largo, todos estaríamos muy contentos, y no veríamos las cosas del sombrío color que hoy las vemos.

Pues para tener dinero el Gobierno, y para que no haya que aumentar la contribucion al industrial, y al artista, y al labrador, es preciso buscar recursos por otra parte, y al efecto somete EL CASCABEL al superior—ó inferior—conocimiento del Gobierno el siguiente proyecto:

1.º Se suprime la contribucion de consumos y se rebajan todas las demás un 10 por 100.

—Hasta ahora si que no me ha aplastado V., dirá el Gobierno; pero poco a poco, que ya le daremos recursos al Gobierno para pagar todas las obligaciones, y aun ha de sobrarle para un caso imprevisto. Siga leyendo el Gobierno:

2.º Se establece una nueva contribucion que se llamará escote, y que pagarán las personas a quienes se refiere el artículo siguiente:

3.º Las viejas flacas que van escotadas ó descotadas, que de los dos modos lo dicen, a los teatros, y enseñan al público unos huesos que dan miedo, pagarán 6 reales cada noche que se las vea en el coliseo con los huesos al aire. Las jamonas gordas que en el mismo sitio enseñan unas espaldas que parecen un juego de pelota, pagarán 8 reales cada vez que luzcan el escote; los padres ó tutores de las niñas casaderas que tengan tambien el feo vicio del escote, pagarán por cada vez que lo luzcan aquellas 20 reales.

4.º Todos los pollos que entren por la tarde cabalgando a la inglesa ó a la española en la Fuente Castellana, pagarán al entrar 4 rs. y otros 4 al salir, entendiéndose que los 4 primeros se pagan por el ginete y los 4 segundos por el caballo; es decir, por el ginete tambien, pero en nombre del caballo.

5.º Toda persona que tenga coche propio, deberá estar autorizada por un documento, que será un *Título de persona decente*, magníficamente litografiado al cromo, con sus armas ú otras que no sean suyas, si aquella no las tuviere, y con su nombre escrito en hebreo, en caldeo, en inglés, en francés y en español, cuyo documento se entregará, previa entrega por la parte interesada, de 3,000 rs., que serán 4,000, si el coche ha de llevar 4 caballos, pudiéndole añadir cuantos caballos se quiera, aunque sean mil, abonando por cada caballo que se aumente 50 duros.

6.º Las personas que tengan carruaje cuando se publique esta ley, como las que lo adquirieran despues, no podrán hacer uso de él sin proveerse del citado documento.

7.º La empresa del teatro Real podrá aumentar, si lo juzga conveniente, con la condicion de traer una compañía de *primitissimo cartelito*, el precio de localidades principales, y entregará al Gobierno una peseta por cada butaca que venda y un duro por cada palco, quedando libres de esta carga los asientos inferiores, cuyo precio no podrá aumentarse.

8.º Los periódicos ministeriales pagarán mientras lo sean, triple contribucion que los de oposicion, porque así es como se prueba el amor al Gobierno, y así como se le apoya.

9.º Todo el que, siendo pobre como una rata, se case con mujer rica, siempre que esta sea jamaona, vieja ó fea, pagará mientras viva 1,500 rs. de contribucion cada trimestre: si la mujer es rica y guapa, el hombre pagará el pato, que es peor que pagar la contribucion.

10.º Todos los solterones de cuarenta años arriba pagarán 1,000 rs. de contribucion anual.

11.º Los viejos de más de sesenta años que se casen con niñas de diez y seis a veinticinco, pagarán mientras vivan, ellos, 4,000 rs. de contribucion anual.

12.º Todo el que tenga a la suegra en casa, a no ser que la suegra no tenga sobre qué caerse muerta, pagará 500 rs. de contribucion.

13.º El que vaya por la calle dando vueltas al baston para sacar un ojo a cualquiera y silbando un trozo de música, que no la conocerá nadie, pagará 2 rs. al dependiente de la autoridad que le coja infraganti.

14.º No se impedirá a nadie que entre con la Parada en la Plaza de Palacio; lo que se impedirá será que, concluida la Parada, salga de aquel sitio quien no apronte 2 realitos.

15.º Todo el que saque el premio grande de la loteria, tendrá que dejar un 20 por 100 para formar un fondo, del cual se darán pensiones a los maestros de instruccion primaria de los pueblos en que haya menos vecinos que no sepan leer y escribir.

16.º A este fondo se destinará tambien medio real, que tendrá que dar la empresa de la Plaza de Toros por cada billete que venda en las corri-

das de la temporada, sin que por esto se la permita subir los precios de las localidades.

17.º Visto que no se destierra el juego ni por buenas ni por malas, se acuerda que en todas las casas de juego, que pagarán indistintamente 24,000 rs. de contribucion anual, habrá dos delegados de la autoridad, que exigirán a cada persona que entre en el garito la mitad de lo que lleve, teniendo derecho a registrar a las que sean sospechosas de no declarar la cantidad exacta que llevan; los delegados de la autoridad pondrán estas cantidades en un cajon al efecto, y al jugador que salga del salon sin un cuarto, por haber perdido lo que le quedó, se le entregarán 40 rs., para que se consuele, si en los libros en que apuntarán dichos delegados lo que cada uno llevó, aparece haber entrado con más de 200, cantidad mínima que se permitirá; y al que salga con ganancia se le dejará llevar la mitad de lo que haya ganado, pero tendrá que dejar en manos de aquellos la otra mitad.

18.º Las casas de juego no conocidas de la autoridad, y que por tanto no tengan delegados, serán, cuando sean sorprendidas, cerradas por un año, sin que en ese tiempo pueda alquilarlas el dueño, en castigo de no haber averiguado que en su casa se jugaba: el que aparezca ser dueño de la timba, es decir, inquilino de la habitacion, irá muy serio a presidio por diez años, en compañía de todos los que estén jugando ó sin jugar en la casa cuando entre la autoridad, solamente que estos no le acompañarán en aquel ameno lugar más que seis años. Por supuesto que todo el dinero que se encuentre sobre la mesa y en los bolsillos de los concurrentes quedará en poder de la autoridad.

19.º Estos fondos y los que se recauden en las casitas de juego conocidas, servirán para librar de contribucion a los pobres artesanos é industriales, que no juegan y trabajan como negros.

20.º Las empresas de bailes de *sociedad*, ó de máscaras, además de la contribucion correspondiente, pagarán 2 realitos por cada billete de caballero que vendan, autorizándolas a que suban cuanto quieran el precio de los billetes.

21.º No pagarán en Madrid exceso alguno sobre el precio de los billetes, ni contribucion de ninguna clase, las empresas de los teatros de verso y líricos españoles.

22.º Los traductores de obras francesas que sean, a juicio del público, malas, no cobrarán derechos de representacion, debiendo contentarse con la gloria; las empresas si los pagarán lo mismo que por las españolas, y los cobrará el Gobierno.

23.º El Gobierno leerá todos los periódicos, y el de estos que dé una noticia que no sea cierta, pagará por cada una 100 realitos, que no es mucho pagar, por el placer de decir lo que a cada cual se le antoje.



## ALTA POLÍTICA.

24.º No habrá más editor responsable que el dueño del periódico, quien, si quiere poner insultos personales y mentiras, podrá hacerlo, pagando según la gravedad del caso, y no permitiéndose nunca la publicación de los insultos personales, para lo cual tres vecinos honrados serán fiscales de imprenta, y revisarán el primer número que se imprima de cada periódico. Alternarán por meses en este encargo todos los vecinos honrados, de Madrid que paguen, por lo menos, 2,000 rs. de contribución directa. Este sistema regirá igualmente en las provincias.

25.º Se permiten reuniones en las que hablarán de política de todos colores los oradores más habladores. Para tener una reunión de este género, bastará dar aviso al Gobierno del sitio y hora, y éste enviará dos ó tres dependientes que cobren á todo el que entre en la reunión una pesetilla, que no es mucho pagar por el gusto de oír cosas buenas. Entrarán sin pagar en cada una de estas reuniones políticas, cien pobres, que no tendrán más que hacer que aplaudir todo lo que digan los oradores, sea lo que quiera, con objeto de que haya calor en la reunión. Los oradores que hayan usado de la palabra pagarán después una comida á los cien pobres, con lo que se les proporciona magnífica ocasión de ejercer la caridad.

26.º En las reuniones no políticas no meterá la pata el Gobierno.

No hacemos más que consignar una mínima parte de los recursos que reuniría el gobierno de EL CASCABEL, con gran contentamiento de la gente honrada y trabajadora.

Y vean VV. ahora otro proyecto, que merecerá el aplauso de todo el mundo, con el cual, unido al anterior, habrá dinero bastante para todo.

1.º El Estado no pagará, exceptuando á la familia Real, sueldo alguno que exceda de 8,000 escudos anuales, que será el de los ministros.

2.º Los directores de los diversos ramos en todos los ministerios, y los subsecretarios, cobrarán 3,000 escuditos. Los Consejeros de Estado, no cobrarán más que sus rentas. Los gobernadores civiles, cobrarán, por gastos de representación, 20,000 rs., para que no les cueste dinero el destino; pero ni un cuarto de sueldo, porque las personas en quienes recaigan estos nombramientos, no han de necesitar sueldo para comer, toda vez que han de ser de las mejor acomodadas.

3.º Se suprimen para siempre toda clase de gastos secretos, porque en las cuentas que se publicarán cada mes en la *Gaceta*, han de constar hasta las botellas de tinta, y los cuarterones de polvos, y las cajas de oblea que se gasten.

4.º Nadie cobrará sueldo cuando use de Real licencia.

5.º Los generales y brigadieres de cuartel, cobrarán la mitad de su paga, que bastante es por no hacer nada.

6.º Son cargos honoríficos, sin sueldo ni cosa que lo valga, los de Presidente del Congreso, Corregidor de Madrid y otros cuantos.

7.º Los ministros cesantes cobrarán de cesantía 1,000 rs. anuales por cada año que hayan ejercido aquel cargo. Con ejercerlo 60 años se habrán asegurado un sueldito muy cuco de 60,000 reales del pico.

8.º Los sueldos actuales de 30 á 20,000 reales, se rebajarán 4,000, y los de 20 á 14 se rebajarán 1,000. Lo mismo da 1,000 rs. más que menos. Y sobre todo, el que no esté conforme, hace dimisión, y se acabó.

9.º Todos los altos y bajos funcionarios que se distinguen por su celo, probidad y asistencia á la oficina, recibirán, sin hacer gasto alguno, cruces grandes y chicas, de todos tamaños, tratamientos de V. E., V. S. y todo género de consideraciones; tendrán derecho á llevar uniforme y calzon corto, y cuando mueran se imprimirá su biografía, y se les dará una serenata el día de sus días por las músicas de los asilos de beneficencia.

Los recursos de que dejamos hecho mérito, son una mínima parte de los que el gobierno de EL CASCABEL llevaría al Tesoro. Puede ser que alguna nación de esas que nos miran de reojo por pura caridad se burlara de nuestra pobreza, y de la ruindad del Presupuesto de gastos; pero á esa nación le diría el gobierno de EL CASCABEL que se metiera la lengua en el bolsillo, y la haría ver que para zurrar la badana á los que la insultan, España no ha sido ni será pobre nunca. Divertirse y abrigarse.

Pues señor, buenas cosas se están VV. perdiendo los que no asisten á las sesiones de Cortes.

Es mucho el espíritu económico que hay en las actuales Cortes.... Todos, todos los diputados y los ministros, están conformes en que hay que hacer economías, y esta palabrita está verdaderamente de moda.

El joven y apreciable señor Moyano, que es un hombre de bien, propuso 300 millones de rebaja en los Presupuestos; pero no ha podido admitirse eso, no porque no quieran Posada, Martínez y demás excelentísimos rebajar eso y más, sino porque lo había propuesto el señor Moyano, que no es del partido de la Unión, por lo que le doy el pésame, sino que es moderado, por lo que le doy el pésame.

¿Y tienen razón que les sobra los ministros! ¿Cómo se entiende? atreverse el señor Moyano, que no es de la Unión, á proponer economías!—Si se aprueba eso, nos vamos, dijeron por boca de su digno Presidente; y la mayoría de diputados, ante esta terrible amenaza, en esta tremenda alternativa de no hacer economías ó quedarse sin Gobierno, optó por lo primero, porque ¿qué hubiera sido de nosotros si hubiera caído este Gobierno?... En fin, que Moyano se quedó con las economías sin hacer, es decir, en corte, y el ministerio salió airoso con su empeño de no hacer cosa buena, si la propone quien no es de los suyos, lo cual es una prueba de que la Unión tiene el amor propio y la vanidad peculiares de los que no tienen otras cosas.

Los periódicos más ministeriales que el ministerio, han dicho cuatro tonterías á los diputados que, siendo ó pareciendo amigos del Gobierno, se abstuvieron de votar; pero la verdad es que hicieron muy bien en no votar en favor del Gobierno y muy mal en no votar en contra.

Después de esto de las economías, que no se hacen, si las propone Moyano, ni se harán aunque las proponga otro, hemos tenido un discurso de Nocedal, á quien á lo menos se le puede oír porque habla bien, aunque diga siempre lo mismo; pero es hombre de mucho entendimiento y gran elocuencia, y aunque sus ideas no sean todas aceptables, no se pierde el tiempo oyéndole como sucede con el que se dedica á oír á otros señores. Por supuesto que en lo de las economías y las incompatibilidades parlamentarias estamos de acuerdo con Nocedal, aunque nos llamen neos y todo lo que quieran. En lo demás, el señor Nocedal exagera mucho.

También ha hablado el progresista excomulgado cuando las elecciones por los progresistas de empuje, señor Figuerola, quien ha querido meterse en tales honduras, que el Presidente tuvo que tocarle repetidas veces la campanilla, no crean VV. que la de la boca; pero así y todo, ha dicho el señor Figuerola muy buenas cosas, y bien merece que cuando los progresistas vengán le hagan ministro de Fomento. También es hombre que habla discretamente este señor Figuerola.

Hablando este señor, se le escapó no sé qué palabra, que dió lugar á que al ministro señor Canovas se le escaparan otras, que quiso coger el conde de San Luis famoso, á quien el Presidente tuvo el buen acuerdo de detener, y así las palabras se escaparon del todo, aunque no faltará quien las coja y en su día las saque á relucir. Con este motivo tuvieron otras palabras los señores, y así quedó la cosa.

También tuvieron el día siguiente unas palabras los señores Cuesta y Elduayen, pero no hubo consecuencias. Y al otro día el Presidente del Congreso y el señor Claros, de la escuela oscura, tuvieron también unas palabritas por unos versos del *Romancero*, que citó el segundo de estos apreciables sujetos.

Las citas de los poetas famosos siempre son fatales en el Congreso. Ya recuerdan VV. la tempestad que levantó entre la Unión liberalita el ministro de Hacienda del bravo don Ramon con aquellas palabras del infierno del señor don Dante, y también recordarán otras ocasiones en que ha habido tormenta por análogos motivos. Estamos, pues, en el caso de pedir que nadie haga citas poéticas en el Congreso, con lo que ganará mucho la buena memoria de los poetas eminentes, que nunca hubieran querido, seguramente, que se citasen sus versos á propósito de la política moderna, cosa bahladi y prosaica sobre todo encarecimiento. Pero todo el mundo quiere echarla de erudito y hacer ver que ha leído obras famosas y ahí tienen VV. el resultado.

El proyecto de reuniones pasó en el Senado, y el señor Posada ha dicho de él cosas muy buenas por aquello de ¿quien alaba á la novia? También pasará el proyecto de reforma de la ley de imprenta, cosa que nos tiene completamente sin cuidado, porque lo que es EL CASCABEL, no ha de extralimitarse nunca, sin dejar por eso de decir las verdades á todo el mundo, desde el Presidente del Consejo hasta el aguador.

Por supuesto que de la cuestión de Italia se habla mucho, cosa que estimamos ceiosa ya. La nota del joven y apreciable Lamarmora tiene sus encomiadores en España; nosotros somos antes españoles, y primero aplaudiremos á Calderon Collantes que á todos los Lamarmoras del mundo.

Y basta de política, suscritores amigos, que es comida empalagosa, sobre indigesta.

La política de los diversos partidos se reduce á que *Nosotros somos los buenos*; pero no lo crean VV., esos buenos todos son peores; los buenos son los de EL CASCABEL, es decir, VV., que forman el partido más numeroso, pacífico y trabajador.

Se nos olvidaba decir á VV. que seguimos en estado de sitio.

Que no haya novedad.

## CASCABELES.

Cada día adquiere más crédito el periódico *El Custodio de la salud*, notable revista de higiene que se publica en esta corte, y trata importantes cuestiones de la especialidad á que está dedicado, con la mayor discre-

cion y gran caudal de conocimientos. Se han publicado siete números.

Es muy digna de aprecio la *Corona sacra* titulada *La muerte de Jesús*, que ha publicado el joven don Faustino Jouve. Es lectura muy propia de Cuaresma, y creemos que ha de hallar favorable acogida.

El Gobierno trata de suprimir el juego de la lotería, y lo va á conseguir. El medio de que se vale consiste en no admitir en las administraciones billetes del Banco en pago de los del sorteo; y como el público no tiene más que billetes de aquellos, no puede comprar billetes de estos. Es un medio muy ingenioso de acabar con el juego, curando de la afición al público.

El ministro de Estado anunció el otro día en el Congreso que el editor de *La Regeneración* salía para presidio.

¡Bonito porvenir se presenta!  
No digan VV. luego que EL CASCABEL viene flojo; ya ven VV. lo que cuesta venir fuerte.

Segun dice en *La Lealtad* un señor eclesiástico, el conocido demócrata don Tristan Medina abandona la política.

¡Y qué bien que hará en eso el señor Medina! Cien veces hemos dicho que nos repugna ver tomar parte en las luchas políticas á los que tienen la misión de la paz y la caridad en el mundo.

Se ha publicado una novela en verso del señor Arnao, titulada *El cardillo de los ciento*, precedida de un prólogo del señor Hartzenbusch. Aunque no hemos leído el libro, los nombres del autor de la novela y del autor del prólogo son una garantía de que la obra merece todo encarecimiento.

Poseídos del mayor regocijo, con igual satisfacción y orgullo que si el triunfo fuera nuestro, asistimos á la representación de la preciosa comedia *Dulces cadenas*, que tanto está llamando la atención en el coliseo del Circo. El señor San Juan puede y debe estar orgulloso de su obra, que reúne todas, absolutamente todas las condiciones de una buena obra dramática. No queremos reseñar su argumento ni copiar escenas del poema, porque deseamos que el público tenga el placer de la sorpresa. Por mucho bien que digamos de ella, mejor le ha de parecer al público, y eso es lo que nos halaga. Felicitamos una y otra vez al señor San Juan, á quien deseamos iguales triunfos en todas sus obras.

Y ahora permitásenos decir cuatro palabras en justicia acerca de los señores Catalina, empresarios del teatro del Circo. Estos señores, lanzados sin razón del teatro del Príncipe el año último, y á los que se ha estado haciendo una guerra de todo punto inmotivada, están probando en la actual temporada que á nadie ceden en amor al arte y que, sin hacer alardes vanos ni pomposos ofrecimientos, saben dar testimonios irrecusables de que pueden dirigir el teatro del Príncipe y cualquier otro, y ganar el aplauso del público y hacer mucho en favor del arte.

La representación de *Física experimental*, de Rubí, *El abogado de pobres*, de Breton, y *Dulces cadenas*, de San Juan es prueba evidentiísima de que en el teatro del Circo se rinde fervoroso culto al arte, y de que la empresa quiere complacer al público. En el tiempo que va transcurrido del año cómico, ha representado obras de Rubí, Breton, San Juan, Nieva, Carreras, Zumel y Gil, y prepara otras de Coupigni, Rubí, Hurtado y Fernandez y Gonzalez.

En el número último hablamos muy ligeramente de la ejecución de *Dulces cadenas*; cúmplenos decir que pocas veces se ha visto en nuestros teatros interpretación más perfecta de una obra dramática. Matilde está admirable; Catalina responde á sus detractores con la manera magistral de representar su parte; la Lombia demuestra que es una gran esperanza para nuestra escena, y todos los demás actores merecen bien del público y del arte.

La prensa se queja de que los hombres políticos la insulten y escarnezcan; nadie tiene de esto la culpa más que la prensa, que contribuye á elevar y á dar reputaciones á medianías y nulidades que, sin el apoyo y la generosidad de la prensa, no serían conocidas de nadie, ni ganarían dos pesetas.

Además, si la prensa fuese independiente siempre, si los periodistas fuesen solo periodistas y desdenarían honores y credenciales que no valen tres cuartos al lado de la independencia del escritor, ya se tentaría la ropa ministros y diputados antes de zaherir á la prensa, y algo mejor se gobernaría, y la prensa sería entonces un verdadero poder.

En la imprenta de EL CASCABEL, por la que pagamos una bonita contribución, se recibirán con gusto y agradecimiento los encargos de impresiones que se sirvan hacernos los autores ó editores, y todo el que tenga necesidad de imprimir algo, desde papeletas de casamiento hasta la lista de los hombres políticos que hay en España, con la que se podrían llenar mil tomos. Los trabajos se harán con esmero, corrección y la posible rapidez. Prospectos, circulares, facturas, membretes, en fin, todo lo que VV. necesiten se hará en esta imprenta. Los precios serán módicos. El pago á toda teja.

Felicitemos cordialmente á los distinguidos hijos de nuestro inolvidable don Ventura de la Vega, por el triunfo que ha alcanzado en la escena del Príncipe *La muerte de César*, última obra de aquel peregrino ingenio. También debemos felicitar á la empresa, que ha



puesto la obra en escena dignamente, y á los actores, que han hecho todos los esfuerzos imaginables por colocarse á la altura de aquella, distinguiéndose muy mucho la señora Lamadrid, que, con su claro entendimiento, ha interpretado con toda fidelidad el pensamiento del autor. Así lo entiende el público, que aplaude unánime á aquella distinguida artista.

Estos días se reúnen los ministros, y también se reúnen los senadores moderados en casa del señor don Ramon, apreciable y liberal ministro, si se le compara con otros.

Como en estas reuniones se trata de asuntos políticos, creemos que se está en el caso de aplicar la ley de reuniones.

En el *Concierto sacro* que se verificará mañana viernes en el Teatro Real, tomará parte la señorita doña Arsenia Velasco con la *Cántiga 14 del Rey don Alfonso el Sabio*, á la que acompañará el cuerpo de coros de aquel coliseo.

Hemos tenido el gusto de oír diferentes veces á esta señorita, pensionada por el Conservatorio de Música y Declamación, y juzgado sus grandes facultades para el canto, admirando á la vez su limpia y preciosa voz de contralto. No dudamos, pues, agradecer al público inteligente, á cuya consideración la recomendamos, por ser la primera vez que pisa la escena.

El editor de *La Regeneración*, señor Gamayo, ha ingresado en el presidio de Toledo.

Mirémos en ese espejo, y hagámonos todos ministeriales, para que nuestro sea el Presupuesto, por que sino....

Decía el otro día un periódico: «Ayer se repartieron á los diputados y senadores los Presupuestos...»  
¡Correo cojo! Ese reparto se hace todo el año.

## LA MUJER PROPIA.

I.

Difícilmente podrá encontrarse un solo escritor, desde el más renombrado y eminente, hasta el humildísimo y desautorizado que, como yo, emplea sus ratos de ocio emborronando cuartillas de papel, que no haya dedicado una página á la mujer, que no haya tenido una palabra siquiera para esa encantadora mitad del género humano.

En diferentes tonos, ó como dijo nuestro célebre Espronceda, —en varias formas, con diverso estilo,— se ha cantado siempre á la destinada por Dios para ser en el mundo la compañera inseparable del hombre.

Pero desgraciadamente no todos los que se han impuesto la penosa tarea de escribir para el público se han mostrado, al ocuparse de la mujer, todo lo justos ni todo lo indulgentes que hubiera sido de desear.

A primera vista parece que están reñidas la indulgencia y la justicia, pero no es así. Demos á la mujer todo lo que merece, y seremos justos; pero tengamos presente al mismo tiempo que lo débil del sexo de la mujer reclama nuestra indulgencia.

Por mi parte, abrigo, amabilísimas lectoras, la completa seguridad de que, por efecto de mi escaso ó nulo talento, no conseguiré añadir nada nuevo á lo que ya se ha dicho y escrito en diferentes épocas al hacer vuestro elogio.

Voy, sin embargo, á ocuparme de la mujer propia, y no olvideis que lo que me propongo es más que suficiente para mis limitadas fuerzas.

II.

El hombre deja sin pena el dichoso estado de la niñez, y pasa á la florida edad de la juventud lleno de vida y de ilusiones, de esperanzas y de deseos.

El joven tiende sus alas por el mundo, y todo le maravilla y le sorprende, como el débil pajarillo cuando abandona por primera vez el nido en que nació, para ir á mecarse en el espacio.

¡Qué misteriosa es la felicidad que se oculta detrás de la inexperiencia!... ¡Qué dichosos somos mientras no conocemos el terreno que pisamos!...

La juventud es la edad de los placeres y de los sueños de amor y de ventura, sueños que la mayor parte de las veces no llegan á realizarse.

Edad á propósito para acoger y dar forma á los proyectos más aventurados, y para dejarse llevar de las encantadoras quimeras de la fantasía.

Edad, en fin, en que el hombre esparce sobre la tierra la semilla de los recuerdos, cuyo fruto recoge algunos años después.

¡Con qué mezcla de placer y de angustia recordamos siempre el tiempo pasado!...

Pero en medio de tan brillante perspectiva, en medio de que por el horizonte de la juventud no asoma ni la mas pequeña nube, llega un día en que el hombre se cansa de tanta felicidad, en que le parece insipida la conversacion de sus amigos, y en que no encuentra atractivo de ninguna clase ni en las reuniones que frecuenta, ni en las mujeres que trata.

Llega un día en que el hombre comprende todo lo que tiene de ficticia la felicidad de que disfruta, y empieza á sentir la necesidad de renovar sus ilusiones, y sus esperanzas, y sus deseos.

Llega un día en que el joven, no pudiendo ver ya todos los acontecimientos de la vida por un prisma de color de rosa, suspira por una dicha apacible y tranquila que le haga olvidar la febril agitación en que hasta entonces ha vivido.

Aquella lucha termina en el momento en que el

hombre, que no puede darse cuenta á sí mismo de lo que siente, ni acierta á explicarse lo que pasa dentro de su corazón, tiene la suerte de empezar á soñar con la mujer propia.

III.

Pero en realidad la lucha no ha concluido. Se trata nada menos que de elegir una mujer que merezca ser elevada á la categoría de esposa.

Solemne momento en que el hombre recuerda con pena, casi con horror, á una gran parte de las mujeres que, con mayor ó menor intimidad, ha tratado durante la época de sus devaneos y de sus locuras de joven.

Ya no le entusiasman esas mujeres cuyo cariño se conquista con solo convidarlas á cenar, esas mujeres que no están sujetas á una exquisita vigilancia, esas mujeres, en fin, que hacen alarde de lo que debería avergonzarlas, y que no se ruborizan al escuchar un equívoco, ni dejan de sonreír de una manera maliciosa en el transcurso de una conversacion imprudente.

La decoracion cambia por completo. ¿Será que el hombre se avergüence de su propia obra!...

¡Todo es posible!... Porque el hombre, y nadie más que el hombre, es el que os coloca, infelices mujeres, al borde de la pendiente que, más tarde ó más temprano, estais llamadas á recorrer; y ese mismo hombre que celebra vuestros chistes, que aplaude vuestra desenvoltura y que es la causa de vuestros extravíos y de vuestras debiliidades, es el primero que os vuelve la espalda y que arroja sobre vuestro rostro la hiel de sus decepciones.

¡Pobres mujeres!... El hombre os rechaza en el momento en que os cree un obstáculo á su felicidad!

¡Pobres mujeres, que habeis venido al mundo para ser esclavas, como el hombre para ser egoísta!...

Si fuera posible conocer la historia de todas esas desventuradas criaturas que van por el mundo publicando á gritos su deshonra, nos convenceríamos de que en los diferentes dramas de la vida en que las infelices han desempeñado repugnantes y odiosos papeles, el hombre ha hecho casi siempre el de protagonista.

Pero hay circunstancias en que el hombre reniega de su pasado, con el objeto de olvidar lo que no puede olvidarse nunca, por que na ta hay tan difícil como acallar los remordimientos de la conciencia.

¡Quién, al pensar en el matrimonio, no se acuerda de la virtud!

¡Quién, al contemplar allá en el fondo de su pensamiento á la mujer propia, no quisiera adornarla á su gusto!...

¡Una mujer sin virtudes!...

Figuraos, discretas y virtuosas lectoras, porque de seguro reunireis ambas cualidades, figuraos, repito, que os hallais en un campo matizado de bellísimas y esmaltadas flores que impregnan el ambiente de un delicadísimo perfume, y que aunque ardeis en deseos, como es natural, de hacer os dueñas de todas aquellas flores para realzar con ellas los encantos de vuestra hermosura, solo teneis permiso para coger una, una nada más. En tan grave apuro, dirigireis inquietas miradas, con el afán de cortar la más bella de todas las flores; pero al ver que todas ellas son preciosísimas, no sabreis por cuál decidir os. Figuraos también que vuestra vacilacion, sin embargo, no dura mucho, y que un grito casi unánime se escapa de vuestros labios al distinguir, oculta entre las demás flores, una, á la que teneis desde luego por reina de sus compañeras. ¡Qué brillantez, qué hojas, que colores!... Pero figuraos, así mismo, que un momento despues la flor es separada de su tallo, y que cuando os disponeis á disputaros la posesion de la más hermosa de las flores, un cruel desengaño viene á echar por tierra vuestras sencillas ilusiones, haciéndoos observar que la flor que os arrancó una exclamacion de alegría, es... inodora.

¡Qué casualidad y qué desgracia!... Al veros burladas, amabilísimas lectoras, de fijo hariais un gracioso mohin en señal de disgusto, arrojando lejos de vosotras la flor que poco ántes os encantaba.

Ahora bien: las mujeres son las flores con que se embellece el mundo, y el hombre, al elegir una esposa, está muy expuesto á que le suceda exactamente lo mismo que á vosotras, lectoras, al escoger una flor entre tantas flores.

Hay mujeres que atraen y seducen con el imán de sus gracias, con el atractivo de sus encantos; pero sucede no pocas veces que las más hermosas, las que cuentan con mayor número de adoradores, son precisamente las que menos valen, porque carecen de la belleza principal, que es la belleza del alma.

La fragancia es la virtud de las flores. La virtud de las mujeres es el aliento de Dios. El hombre que se vea unido á una mujer hermosa, en cuyo corazón no arda el fuego sacrosanto de la virtud, con cuánta razón podrá exclamar siempre que repare en la bonita cara de su esposa: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

IV.

«Compañera te doy y no esclava...» Estas palabras dirige Dios al hombre por boca de sus Ministros en la tierra y al pie mismo de los altares.

Pero la verdad es que la mujer empieza por ser la esclava de su marido, llega á ser la esclava de su casa, y concluye por ser la esclava de sus hijos.

Mas no hay que desconsolarse: se trata de una esclavitud voluntaria, que hace la felicidad de la mujer: es una esclavitud que la mujer propia se impone á sí misma.

Fijémonos en uno de esos matrimonios, no escasos por fortuna, en que ambos conyuges cumplen con sus respectivos deberes, y podremos formarnos una idea exacta de esa paz inalterable y tranquila que constituye la dicha del hogar doméstico.

Fijémonos en un hombre y una mujer que, unidos

por el santo lazo del matrimonio, se comprendan y se amen.

Solo así lograremos contemplar en todo su esplendor á la mujer propia: solo así nos será dado apreciar en todo lo que vale el gran papel de que está encargada en el mundo la compañera del hombre.

Veamos, pues, á la mujer propia que cuenta con el cariño y con la consideracion de su esposo, dispuesta á todas horas á arrostrar con santa resignacion las contrariedades y los sinsabores de la vida.

La mujer propia se olvida con frecuencia de sí misma, para consagrarse por completo al cuidado de aquel que la ha dado su nombre.

La mujer propia es el alma de la casa y el ángel consolador de toda una familia: es la que todo lo previene, la que á todas partes acude y la que á todo se acomoda, siempre que de ello resulte la tranquilidad de su marido, á quien oculta cuidadosamente cuanto pueda entristecerle ó causarle el más pequeño disgusto.

La mujer propia economiza cuando tiene necesidad de economizar, y si disfruta de una cuantiosa fortuna, no derrocha.

Entiéndase bien que yo no me ocupo de las excepciones: yo hablo únicamente de la mujer tal y como el hombre la desea y la busca, y como, gracias á Dios, existen muchísimas en el mundo.

Pero lo verdaderamente admirable es el valor de que se reviste la mujer en las graves ocasiones. No busqueis en el hombre la fortaleza ni la presencia de ánimo ante las grandes desgracias: buscad ambas cosas en la mujer, en ese ser tan sensible como débil.

¡Qué milagros hace el amor y qué feliz debe ser el hombre que tenga por esposa una mujer como la de que nos vamos ocupando...

La mujer propia es la que endulza los sinsabores del estado conyugal; y en esos momentos, muy frecuentes en la vida, en que el hombre, por disgustos inherentes á su profesion, ó por el éxito desgraciado de sus negocios, vuelve á su casa con la palidez en el semblante y la tristeza en el alma, nadie, absolutamente nadie más que la mujer propia es capaz de llevar la paz y el consuelo al atribulado corazón de su marido.

La mujer sale al encuentro de su esposo y le recibe con una cariñosa sonrisa; pero en los primeros momentos el hombre no habla, sufre: la mujer no pregunta, observa, y cuando el hombre siente la necesidad de explicarse y deja escapar una palabra, la mujer se permite una nueva sonrisa, pero una sonrisa que equivale á una pregunta.

Entonces es cuando el hombre desahoga su corazón haciendo el relato de sus penas, y entonces también es cuando la mujer propia, esforzándose por aparecer tranquila, lleva, sin gran trabajo, al ánimo de su esposo ese consuelo y esa dulce resignacion, que solo puede inspirar la mujer que ama.

La mujer propia se entristece cuando ve apesadumbrado á su marido, y bate palmas de alegría cuando le contempla gozoso y satisfecho: puede decirse que son dos cuerpos y una sola alma.

Preguntad á esos hombres á quienes la dicha del estado conyugal ha obligado á bendecir más de una vez al séti no Sacramento, preguntadle si los negocios ó las diversiones de que hayan podido verse rodeados han sido nunca causa bastante para que se olviden de sus mujeres.

Pero seguid leyendo, porque acaso os ahorre la molestia de hacer semejante pregunta.

«..... Desde que me separé de tí he estado siempre triste; mi dicha se encuentra á tu lado; sin cesar recuerdo tus besos, tus lágrimas, tus amables celos, y los atractivos de la incomparable Josefina reaniman á cada instante la llama viva y abrasadora que arde en mi corazón y en mis sentidos. ¡Cuán podrá, libre de toda inquietud y de todo cuidado, pasar todos mis instantes cerca de tí, no tener que hacer sino amarte y no pensar más que en la dicha de decírtelo y de probarlo!...»

«..... Creía amarte hace algunos días, pero desde que no te he visto, conozco que te amo mil veces más todavía. Cree firmemente que no me es posible tener un pensamiento que no sea para tí, ni una idea que no se refiera á tí...»

Esto escribia á su mujer Napoleon Bonaparte en 17 de Julio de 1796, y durante la campaña de Italia. Tal vez la carta de Josefina fué trazada con la misma pluma de que se valió Napoleon pocos días despues para enviar al «Directorio ejecutivo» el parte detallado de la batalla de Castiglione, en cuya campaña el ejército austriaco, mandado por Wurmser, habia sido derrotado.

¡Qué encontradas ideas, qué pensamientos tan diferentes se agitarían en la cabeza del primer capitán del siglo en aquellos momentos en que estaban pendientes de su espada los destinos de la Francia!...

Y, sin embargo, aquel hombre, que consiguió llenar el mundo con su nombre, y que tal vez en aquella época habia empezado ya á soñar con un imperio, no podia olvidarse de su mujer.

Cuando se ama de veras no se olvida nunca. ¡Es tan difícil, por otra parte, hallar un tesoro en el mundo!...

Un célebre escritor francés ha dicho que un matrimonio dichoso puede y debe ser considerado como la mayor ventura de la tierra.

Seame permitido parodiarse al escritor francés en los siguientes términos:—Si alguna felicidad existe en el mundo, es, á no dudarlo, la que lleva al hogar doméstico la mujer propia.

V.

Al lado del espectáculo interesante y bellísimo que nos ofrece un excelente matrimonio, aparece otro espectáculo, no ménos interesante, bajo distinto punto de vista, y que forma con el primero un verdadero contraste.

La experiencia nos ha enseñado que detrás de la felicidad está la desgracia, como las tinieblas están detrás de la luz, y como detrás de los dolores de la vida



están, y se destacan de una manera admirable y sublime, la bondad y la misericordia divinas.

Desgraciadamente no todas las mujeres han servido siempre para esposas, y triste es decirlo, pero en el siglo actual sirven mucho menos.

Esta es una verdad que no puede verse destruida, porque está en la mente de todos los que, con ojos desapasionados e imparciales, contemplan la desmoralización de la época presente.

Prescindamos, por lo tanto, de esas mujeres que al venir al mundo traen dentro de su seno el germen de una inclinación aviesa y repugnante, que, unida a una falsa educación y a una tolerancia mal entendida por parte de los que las dieron el ser, las constituye en el triste caso de que ni los hombres las buscan para esposas, ni ellas mismas aspiran a ser buscadas.

Hablemos, pues, de esas mujeres que, después de haber brillado en el mundo como modelo de hijas y de haber sido, por consiguiente, el más legítimo orgullo de sus padres, cambian de estado y no consiguen llegar a merecer la calificación de buenas esposas. La responsabilidad, por supuesto, de la falta, de la terrible falta en que incurren ciertas mujeres, no es a ellas a quienes, en la mayoría de los casos, debe exigirse, por más que están muy lejos de ser dignas de una absolución completa.

¿Queréis saber por qué razón existen en el mundo tantos matrimonios que viven en una guerra continua y en una intranquilidad espantosa?

Pues, aparte de muy ligeras excepciones, consiste en que hay hombres que no deberían casarse nunca, porque no sirven para maridos; hombres que son incapaces de hacer la felicidad de una mujer.

Hay hombres que después de casados se creen con derechos para seguir haciendo la vida de solteros, y continuar, por consecuencia, con las mismas costumbres, y los mismos vicios, y las mismas amistades.

Algunos hombres se casan únicamente por compromiso: no pocos lo verifican llevados de una idea interesada y egoísta, y muchísimos, la mayor parte, se casan, por.... casarse.

¿Cómo es posible que el hombre que cree tener un privilegio para disfrutar en todos los estados de la vida de una libertad omnimoda, y para no renunciar a sus antiguos hábitos ni a sus primitivas inclinaciones, cómo es posible, repito, que ese hombre llegue a saborear nunca la felicidad del hogar doméstico?

¿Cómo es posible que el hombre que pone un especial cuidado en alejarse de su mujer, de su pobre mujer, a quien solo por casualidad dirige una palabra cariñosa, tenga habilidad bastante para hacer agradable la existencia a su desgraciada compañera?

¿Cómo es posible que el hombre que forma el ridículo empeño de ir a buscar la felicidad fuera de su casa, despreciando la que le ofrece su propia mujer, logre saber nunca todo lo que valen la paz del hogar y los gozos de la familia?

Los que de tal manera se conducen, olvidan, sin duda, que el que *sembra, recoge*.

¿Y qué hace entretanto la mujer?—La mujer, atenta siempre a la extraña conducta de su esposo, observa en silencio y en silencio sufre; y solo cuando el tiempo empieza a disipar una a una las ilusiones de su corazón y el desaliento se apodera de su alma, comprende la mujer propia todo lo triste de la situación a que se ve reducida.

La infeliz esposa, llevada del afán de atraer a su marido, tan pronto le prodiga tiernas caricias, como le dirige las más dulces reconveniones; pero a veces todo es inútil, y el hombre llega a ser huésped en su casa, sin advertir que la soledad que reina en el hogar doméstico está llena de peligros.

La mujer se recoge dentro de sí misma y las lágrimas asoman a sus ojos, porque se cree humillada y ofendida.

¿Ay del hombre que con su conducta es causa de que se subleve el amor propio de la mujer, porque la lucha del deber con el amor propio suele tener un término funestísimo!

Una planta que no tiene cultivo, se seca: una luz que carece de necesario líquido, se apaga; pero también el inofensivo y manso corderillo puede transformarse en una fiera, porque para ello no se necesita otra cosa que habilidad y paciencia.

El marido es el guía, el consejero y el apoyo de la mujer; pero cuando por culpa del hombre, la mujer se ve abandonada a sus propias fuerzas, sin una luz que la ilumine, ni un brazo que la sostenga al cruzar el áspero camino de la vida, ¿cuál de los dos cónyuges será el responsable, el verdadero responsable ante Dios de la falta ó extravío de la mujer?

Indudablemente, la responsabilidad debe pesar toda sobre el hombre que, con su desatentada conducta, colóca a la mujer al borde del precipicio.

Para mí es menos criminal el que roba que el que enseña a robar.

La experiencia, por otra parte, ha venido a ponernos de manifiesto la siguiente verdad, que es una verdad incontrovertible:—De cien mujeres que tengana desgracia de ser infieles a sus maridos, las noventa y nueve han pasado primero por el estado de *víctimas*; o lo que es lo mismo, los noventa y nueve maridos empezaron por creerse autorizados para *permitírsele todo*, y llegaron a hacer de sus mujeres verdaderas esclavas, siendo, por lo tanto, los primeros que faltaron a la fe conyugal, olvidándose del sagrado juramento que prestaron ante los altares.

El desprecio por parte del hombre, puede llevar el odio al corazón de la mujer, porque las mujeres, por lo regular, prefieren el mayor de los castigos a esa glacial indiferencia que todo lo seca y todo lo destruye.

Yo ya sé que los extravíos del hombre no pueden disculpar nunca los de la mujer, porque la mujer adúltera echa sobre su esposo y sobre sí misma una mancha que no se lava con nada de este mundo, ni aun con sangre, que es con lo que pretenden lavarla más de cuatro insensatos.

No hay, pues, razón ninguna para que la mujer, ol-

vidándose de Dios y despreciándose a sí propia, cometa la más terrible de las infidelidades, pretendiendo escudar su conducta con la inconveniente y desordenada de su marido.—Los imitadores del vicio suelen ser los enemigos más encarnizados de la virtud.

Pero todo, como he dicho antes, nace de que muchos hombres olvidan, después de casarse, que tienen deberes que cumplir y sagradas obligaciones que llenar; por lo cual vendremos a parar siempre a que el único responsable ante Dios de la mayor parte de las debilidades de la mujer, es el hombre.

VI.

¿Cuántos cónyuges que arrastran por el mundo una existencia llena de amargura y de zozobra se las prometerían muy felices en los primeros días de su matrimonio!... Y en verdad que todo saldría a las mil maravillas, si el hombre y la mujer marcharan siempre unidos por el verdadero camino, por el camino real. Pero ¡ay!... el hombre deserta a lo mejor, y abandonando el camino real, se interna por una vereda impracticable y desconocida. La mujer propia se limita, por lo pronto, a seguir con la vista a su marido, pero no abandona el camino real.

¡Dichosa la mujer que se reviste de una heroica abnegación, y sobreponiéndose a lo débil de su sexo, se muestra verdaderamente fuerte!...

¡Dichosa la mujer que en aquellos terribles momentos se acuerda de sus hijos y vuelve precipitada al hogar doméstico para regarle con las lágrimas de su desgracia!...

¡Dichosa una y mil veces la que, comprendiendo sus deberes, no se aparta del camino real!

¡Ah! la esposa que así se conduce, no es una mujer, es un ángel.

Pero, por ventura, todas las mujeres que se ven desairadas, tienen la virtud y el talento necesarios para cerrar los ojos ante el mal ejemplo, permaneciendo siempre en el buen camino?

Es indudable que no; y por lo mismo hay muchas que cierran los ojos, sí, pero es para seguir a sus esposos, es para lanzarse en aquella senda fatal.

¿Ay de la mujer que marche en seguimiento de su marido, porque un solo paso que dé por aquella senda llena de escollos y de precipicios, es lo bastante para que ya no la sea posible volver al camino real.

Como el terreno es tortuoso y accidentado, la mujer tropieza sin cesar, y a cada momento se ve expuesta a dar una caída; pero a veces no hay nada que detenga a tan desventurada criatura que corre y corre, aunque ya no distinga a su esposo por ninguna parte, sin reparar que cuanto más avanza, más y más se pierde entre las sinuosidades del camino.—Un acento cariñoso detiene, no obstante, a la mujer propia, y un hombre aparece en escena.

Y ved aquí de nuevo, amados lectores, a un individuo del sexo fuerte, porque el hombre no deja de presentarse nunca cuando la mujer está en un verdadero peligro.

Mas no creáis que acude a ofrecer a la mujer un apoyo noble y desinteresado; no imaginéis que va a libertarla de los escollos que la rodean; no penseis ni remotamente que va a decirle:—«Yo te salvaré, y si soy impotente para ello, sufriré contigo.»—No, todo menos eso. El hombre, por lo general, no lleva otro objeto que el de aprovechar la ocasión que se le presenta; solo aspira a conquistar el afecto de aquella mujer; solo tiende a precipitarla en su caída. Para ello emplea toda clase de halagos y de caricias; y la mujer, que tiene extraviada la razón y herido su amor propio, y que comprende toda la dificultad de volver al camino real, se rinde a los halagos y.... ¡pobres mujeres!...

Pero lo triste, lo verdaderamente triste, es que al hombre no le satisface la victoria que alcanza sobre aquella desgraciada mujer, hasta que los aplausos de sus amigos no vienen a coronar su triunfo. Por eso el mejor día, y no en secreto y en voz baja, sino a voces y en medio de un teatro, ó de un café, ó de un paseo, hace aquel hombre las delicias de sus amigos con el relato de sus *ingeniosas trap suras*.

Después que el hombre abandona a su víctima, la recoge la sociedad y la juzga, puesto que el mundo es el que castiga a la mujer que falta a sus deberes durante su peregrinación en la tierra, así como Dios se reserva el derecho de castigar al hombre que no cumple con los suyos.

Existe, sin embargo, una notable diferencia, porque el mundo es un juez que no siempre administra recta justicia, y que no tiene nada de indulgente, mientras que Dios es un juez severo, sí, severísimo, pero lleno a todas horas de misericordia.

Yo no comprendo nada tan angustioso ni tan terrible como la expiación, ya forzosa, ya voluntaria, a que casi siempre tiene que someterse la mujer adúltera, así como no puedo explicarme la razón en que se apoya la sociedad para lanzar de su seno a esa misma mujer, considerándola un miembro corrompido, cuando por otra parte guarda palabras de consuelo y hasta de disculpa para el hombre que hizo traición a la compañera de su vida.

La mujer adúltera no puede presentarse, particularmente en ciertos círculos, sin que se la señale con el dedo, y sin que se cruce una mirada de inteligencia entre las personas que la rodean: el desprecio es lo único que la aguarda en su camino.

El hombre, por el contrario, a todas partes concurre y en todas es bien recibido; y cuando hace la relación de su *desgracia*, logra, la mayor parte de las veces, despertar el interés y la compasión de los que le escuchan.

¿Qué injusto es el mundo en que vivimos!... Al hombre se le permite todo, a la mujer no le permite absolutamente nada; y con esto queda suficientemente demostrado por qué la mujer purga en esta vida lo que el hombre tiene necesariamente que purgar en la otra.

La mujer adúltera no se rehabilita nunca, ni a los ojos de su marido ni en el concepto de la sociedad en que vive, por grande y sincero que sea su arrepenti-

miento, por dolorosa que sea la expiación a que se haya sometido. Todo es inútil. El marido huye de su mujer y no quiere verla ni que le hablen de ella; pero yo creo que de lo que realmente huye el marido, es de sí propio, aunque debe ser poco estrecha la conciencia del hombre que se da aires de víctima después de haber sido el verdugo de su mujer.

Conciencia, pero sana conciencia, es lo que ha menester el hombre que de una excelente hija de familia consigue hacer una mala esposa.—¿Por qué la arrebató de los brazos de sus padres? ¿Por qué la priva de una dicha que él no sabe ó no puede proporcionarla?

No lo olvideis, lectores míos, no lo olvideis.—El hombre que es capaz de engañar a una mujer, no puede hacer la felicidad de ninguna. Así como no merece el nombre de mujer, sino el de monstruo, la que se atreve a violar la fe conyugal, sin tener ni aun el pretexto de la conducta de su marido, pretexto que, por otra parte, no puede admitirse nunca. Pero, por fortuna, mujeres tan despreciables como dignas de lástima, por haberlas negado Dios lo que constituye la herencia de la mujer, que es el sentimiento del alma, figuran en un número sumamente reducido: son verdaderas excepciones.

VII.

He hablado ya de dos preciosísimas cualidades que necesita reunir la mujer propia, si ha de mantenerse fuerte en medio de las borrascas de la vida.

Esas dos cualidades son, como ya sabemos, la virtud y el talento.—La primera fortalece nuestro atribulado espíritu y nos llena de consuelo y de resignación en el momento de la desgracia, y la segunda encamina nuestros pasos y nos ilumina para que conozcamos a fondo hasta dónde debe llegar el cumplimiento de nuestros deberes.

Pero así como la mujer de escasas luces y que no tenga desarrollado por completo en su corazón el sentimiento religioso, está muy expuesta a *caer*, si se ve despreciada por su marido, del mismo modo, y sin que posea tan recomendables prendas, puede llegar a contarse en el número de las buenas esposas, siempre que se encuentre bien *dirigida* y no carezca del cariño y de la consideración de su esposo.

Una mujer de cortos alcances consigue muchas veces formarse un criterio especial, ayudada únicamente de su constante deseo de agradar y servir en todo a aquel que la ha dado su nombre. Y en cuanto a la falta de virtud.... ¿qué mujer, si llega a ser madre, puede recrearse en sus hijos sin acordarse de Dios, sin bendecir a Dios, que es la bondad infinita y la fuente de todas las virtudes?

Si el hombre comprendiera perfectamente toda la importancia de la misión confiada por Dios a la mujer; si llegara a penetrarse de lo difícil é interesante del papel que la mujer viene desempeñando en el mundo; si se detuviera a considerar que la mujer, sin ese purísimo sentimiento del alma que se llama amor, se agosta y muere como la flor que no recibe ni un rayo de sol, ni una gota de rocío, las mujeres en general se verían más apreciadas, y las rencillas y las enemistades no serían tan frecuentes en los matrimonios.

Pero el mal ha echado ya profundas raíces, efectos, sin duda, de que el hombre más fuerte es a veces más débil que la más débil mujer.

Hay muchos que, con una estupidez que casi inspira lástima, se atreven a preguntar, y por cierto en son de mofa:—«¿Qué sería de la mujer sin el hombre?»

He aquí una pregunta que solo puede contestarse con esta otra:—¿Y qué sería del hombre sin la mujer?

VIII.

Pocas palabras más, y concluyo. Si este artículo fuera obra de una mujer, se tendría de seguro por sospechoso; pero no estamos en ese caso.

Está escrito por un hombre que cree que la verdad debe decirse siempre, y aun a despecho, si es necesario, del mundo entero.

Por un hombre que, aunque convencido hasta la evidencia de que el que es partidario de la verdad se aleja en este mundo del camino de la fortuna, no por eso reemplazará nunca su amor a la verdad por la farsa y la miserable adulación de nuestros días.

Por un hombre, en fin, que desea la justicia se aplique por igual y sin consideraciones de ninguna clase. Justicia y solo justicia en todo y para todos.

Por eso precisamente me he acordado una y muchas veces, al escribir el presente artículo, de aquellas palabras que dirigió el Salvador a los judíos que se negaban a pagar el tributo al César, palabras que demuestran de una manera clara que hubo desde muy antiguo quien se cuidó poco de acomodar todas sus acciones a una estricta justicia.

Los judíos, con el deseo de esquivar el pago al César, preguntaron un día al Señor si aquel tributo era conforme a toda justicia; y entonces Jesús, presentándoles una moneda, les dijo:—«¿De quién es este busto y esta inscripción?»—«Del César.»—respondieron los judíos.—«Pues bien,—añadió el Señor,—dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.»

Dicho está lo que me había propuesto; dar a cada uno lo que es suyo.

¿Lo he conseguido?

Esta pregunta, que dirijo a todos los lectores y lectoras de EL CASCABEL, es una prueba evidentiísima de lo muy penetrado que estoy de mi insuficiencia.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.